

El viaje a Egipto, de Gustave Flaubert

Nota y traducción de Ricardo Cano Gaviria

No cabe la menor duda de que en la gestación del viaje a Egipto que el joven Flaubert realizó a mediados del siglo XIX, el personaje decisivo fue Maxime Du Camp, su amigo y compañero de viaje, como bien señala Albert Thibaudet: “Le debemos ese viaje en el que Flaubert se descubrió verdaderamente y en el que se convirtió, por vías por lo demás imprevistas, en el autor de *Madame Bovary*” (*Gustave Flaubert*, p. 61). En efecto, fue en Egipto donde Gustave —quien atraviesa una crisis “estética” y biográfica— tuvo la súbita revelación del nombre de su futura heroína: En los confines de la Nubia inferior —cuenta Du Camp—, sobre la cumbre de Djebel Abucir, que domina la segunda catarata, mientras mirábamos al Nilo golpear las aristas de las rocas de granito negro, lanzó un grito: ¡Lo encontré! ¡Eureka!, ¡Eureka! La llamaré Emma Bovary.¹

Al doctor Jules Cloquet
Damasco, 7 de septiembre de 1850

Si quiere saber qué es lo más bello que he visto, lo que más me gusta en fin de todas las diversas cosas que han desfilado ante mis ojos durante los pronto hará once meses que me muevo —comenzando por los barcos pintados de Malta hasta el turbante bordado del comerciante turco que hace un momento fumaba sobre mi diván— le diría que son (para mí): en primer lugar y ante todo las Pirámides (aunque no haya visto los cuarenta siglos), después Tebas, el palacio de Karnak y las tumbas de los Reyes, luego un bailarín de El Cairo, un gran artista desconocido, que se llama Rasan el Bilbeis, algo muy triste y muy antiguo. En Siria vivimos en plena Biblia, paisajes, costumbres,

horizontes, es asombroso cómo uno lo identifica todo. Las mujeres que se ven en las fuentes de Nazaret o de Belén son las mismas que en los tiempos de Jacob. Han cambiado tanto como el cielo azul que las cubre. Cuando se hace el camino que hemos nosotros hecho de Beirut a Jaffa siguiendo la orilla del mar Rojo (sic), se pasa por bosques de adelfas que crecen justo al lado del mar. La espuma de las olas salpica las flores rojas. Pero mi pasión predominante es el camello (no vaya a pensar que esto es un juego de palabras),² nada ofrece una gracia tan singular como este melancólico animal. Hay que verlos en el horizonte cuando avanzan en el desierto ordenados en una sola fila como los soldados; su cuello se balancea como el de los avestruces, atrás adelante, adelante atrás... Hoy hemos querido probar su carne. En este momento un asado de dromedario me llena el estómago. Incluso tengo miedo de que mi compañero tenga una indigestión, y a este respecto se me ocurre una idea triunfante, como dice Gubetta, la expresión darse una panzada aquí ya no es una metáfora. ¿Pero en una indigestión de camellos no se corre el peligro de vomitar caravanas? ¿Qué repugnancia hacia los viajes debe inspirar eso!

A su tío Parain
En la cuarentena de Rodas Domingo,
6 de octubre de 1850

¿Ha reflexionado usted alguna vez, mi querido y viejo compañero, en la enorme serenidad de los imbéciles? La idiotez es algo inquebrantable; nada la combate sin quebrarse contra ella. Es dura y resistente, de naturaleza granítica. Un tal Thompson, de Sunderland, ha escrito

su nombre en Alejandría sobre la columna de Pompeyo, con letras de seis pies de altura. Lo puedes leer a un cuarto de legua de distancia. No hay manera de ver la columna sin ver el nombre de Thompson, y por consiguiente sin pensar en Thompson. Ese cretino se ha incorporado al monumento y se perpetúa con él. ¡Qué digo! Lo anula con el esplendor de sus letras gigantescas. ¿No es pasarse mucho de la raya obligar a los viajeros futuros a pensar en ti y a acordarse de ti? Todos los imbéciles son más o menos unos Thompson de Sunderland. En la vida, ¿cuántos no se encuentran en los más bellos lugares y en los rincones más vírgenes? Y, además, siempre nos arrollan; ¡son tan numerosos, se repiten tanto, tienen tan buena salud! Viajando te los encuentras mucho, y nosotros ya tenemos en nuestro recuerdo una bonita colección; pero, como pasan rápido, son divertidos. No ocurre como en la vida ordinaria, donde acaban por ponerte rabioso.

A Louis Bouilhet, 13 de marzo de 1850

¿Por dónde andas con la Musa? Esperaba encontrar aquí una carta tuya incluyendo algo en verso. ¿Qué hay de la China? ¿Qué lees? ¿Qué haces? ¡Qué ganas tengo de verte!

En cuanto a mí, literariamente hablando, no sé dónde me encuentro. Algunas veces me siento anonadado (la palabra es débil); otras veces el estilo *límbico* (en estado de limbo y con fluido imponderable) pasa y circula por mí con calores embriagadores. Luego decae. Medito muy poco, sueño despierto en alguna ocasión. Mi género de observación es sobre todo moral. Nunca le hubiera sospechado ese aspecto al viaje. En él, el lado psicológico, humano, cómico es abundante. Se encuentran tipos espléndidos, existencias con tornasoles muy chispeantes para los ojos, tan contrastados como los andrajos y los bordados, rebosantes de suciedad, desgarrones y galones. Y en el

fondo siempre aquella vieja canallada inmutable e inquebrantable. Allí está la base. ¡Ah, cómo desfila bajo nuestros ojos! En las ciudades abro de tiempo en tiempo un periódico. Me parece que vamos estupendamente. Bailamos no sobre un volcán, sino sobre la plancha de una letrina que me parece un poco podrida. Próximamente la sociedad va a hundirse en la mierda de diecinueve siglos, y gritarán con fuerza. La idea de *estudiar el asunto* me interesa. Tengo ganas (permíteme la presunción) de exprimir todo eso con mis manos, como un limón, para acidular mi vaso. A mi vuelta deseo dedicarme a los socialistas y hacer en la modalidad del teatro algo muy brutal, muy divertido e imparcial por supuesto. Tengo la palabra en la punta de la lengua y el color en la punta de los dedos. Muchos temas más nítidos como planes no tienen tanta prisa en nacer como aquél.

A propósito de temas, tengo tres, los cuales no son quizás más que el mismo y eso me fastidia tremendamente: 1.º *Una noche de don Juan*, en la cual pensé en el lazareto de Rodas; 2.º, la historia de *Anubis*, la mujer que quiere hacerse poseer por el Dios. Es la más notable, pero presenta dificultades atroces; 3.º mi novela flamenca sobre la joven que muere virgen y mística entre su padre y su madre, en una pequeña ciudad de provincia, al final de un huerto plantado con coles y árboles podados, a orillas de un río tan grande como el *Eau de Robec*. Lo que me atormenta es el parentesco de ideas entre los tres proyectos.³ En el primero, el amor insaciable bajo las dos formas del amor terrestre y del amor místico. En el segundo, idéntica historia, sólo que hacen el amor, y el amor terrestre es menos elevado por cuanto más preciso. En el tercero aparecen reunidos en la misma persona, y el uno lleva al otro; mi heroína sólo revienta de masturbación religiosa tras haber ejercido la masturbación digital. ¡Ay, me parece que cuando uno diseña tanto a los niños que han de nacer no está demasiado excitado para engendrarlos! Mi lucidez meta-

física me inspira terrores. Con todo, es preciso que me sobreponga. Siento la necesidad interior de darme la medida de mí mismo. Para estar tranquilo quiero tener una opinión acerca de mí, una opinión determinada que me guíe en el empleo de mis fuerzas. Tengo que conocer la calidad y los límites de mi terreno antes de empezar a labrarlo. Con relación a mi estado literario interior, siento lo que todo el mundo, a nuestra edad, experimenta un poco con respecto a la vida social: *Siento en mí la necesidad de establecerme.*

En Esmirna, durante un tiempo de lluvia que nos impedía salir, tomé en un gabinete de lectura *Arthur*, de Eugene Sue. Aquello da ganas de vomitar, no tiene nombre. Hay que leer eso para condolerse del dinero, el éxito y el público. La literatura está tísica. Escupe, babosea, tiene llagas que cubre con emplastos untados de pomada, y se ha cepillado tanto la cabeza que ha perdido todo el pelo. Harían falta Cristos del Arte para curar a ese leproso. Volver a lo antiguo es algo que ya se ha hecho. En la Edad Media ya se hizo. Queda el Presente. Pero la base se tambalea: ¿dónde colocar los cimientos? Sin embargo, la vitalidad y por tanto la duración tiene ese precio. Todo eso me inquieta tanto que he llegado hasta el punto de que ha dejado de gustarme que me hablen de ello: a veces me irrito como un presidiario liberado que oye hablar del sistema penitenciario; con Maxime, sobre todo, que no se anda con chiquitas y no es un bribón que te estimule; y siento una tremenda necesidad de que me den ánimos. Por otro lado, mi vanidad todavía no se ha resignado a limitarse a los premios de aliento.

A Luis Bouilhet, 13 de marzo de 1850
(carta complementada con pasajes
de las *Notas de viaje*)

[Por la noche volvimos donde Kuchiuk Hanem. Había cuatro bailarinas cantantes, *alméas*... —La fiesta duró desde la seis hasta la

diez y media, todo ello entremezclado con polvetes durante los entreactos... —. Te ahorro cualquier descripción de la danza, estaría mal hecha. Han de explicártela con gestos para que la comprendas, ¡y aun así lo dudo!]

(...) Kuchiuk nos danza la abeja. Previamente, para poder cerrar la puerta, despide a Fergalli y a otro marinero, hasta entonces testigos de las danzas, y que, al fondo del cuadro, constituían su parte grotesca; sobre los ojos del niño se puso un pequeño velo negro, y sobre los ojos del viejo músico se bajó un pliegue de su turbante azul. Kuchiuk se ha desnudado danzando. Cuando se está desnudo, no se conserva más que un pañuelo con el cual haces como si te cubrieras y acabas por tirarlo; en eso consiste la abeja.

Por lo demás, danzó muy poco tiempo y ya no le gusta bailar esa danza. Excitado, Joseph palmeaba: “¡la, eu, nia, oh!, ¡jeu, nía, oh!”. Al fin, cuando, después de haber saltado con aquel famoso paso, moviendo las piernas una ante otra, ella volvió jadeante a acostarse en el rincón de su diván, donde su cuerpo todavía se movía llevando el ritmo, le pusieron su gran pantalón blanco con rayas rosadas, que la cubrió hasta el cuello, y se quitó el velo a los dos músicos.

Cuando estaba en cuclillas, diseño magnífico y perfectamente escultural de sus rótulas.

Otra danza: se pone en el suelo una taza de café; ella danza en frente, luego se apoya sobre las rodillas y sigue danzando con el torso, sin dejar de tocar los crótalos, y trazando en el aire una especie de brazada, como si nadara. Haciendo siempre eso, se baja la cabeza poco a poco, se llega hasta el borde de la taza, que se agarra con los dientes, y ella se levanta rápidamente de un salto.

[Cuando hubo que irse, no me fui. Kuchiuk no se interesaba apenas por terneros en su casa

por la noche... —Maxime se quedó completamente solo sobre un diván y yo bajé a la habitación de Kuchiuk, en el primer piso].

Nos acostamos, ella prefirió la orilla de la cama. Como lámpara: un pabilo descansaba dentro de un cubilete ovalado con mechero. — Después de una f... de las más violentas [se lo chupé con rabia. Con el cuerpo sudoroso, estaba cansada de bailar, tenía frío. La cubrí con mi pelliza de piel, y se durmió con los dedos entre los míos.] ella se duerme con su mano entrelazada con la mía, ronca; la lámpara, cuya débil luz llegaba hasta nosotros, dibujaba sobre su hermosa frente como un triángulo de pálido metal, el resto de su cara bajo la sombra. En el diván, su perrito dormía sobre mi chaqueta de seda. Como se quejaba de toser, había puesto mi pelliza sobre su manta. Oía hablar en voz baja a Joseph y a los vigilantes; ahí me dejé llevar por nerviosas intensidades llenas de reminiscencias—. Sensaciones de su vientre sobre mis...la... más cálida que el vientre me calentaba como un hierro... [Para eso era que me había quedado. Mirando dormir a esa bella criatura que descansaba con la cabeza apoyada en mi brazo, pensaba en mis noches de burdel en París, en un montón de viejos recuerdos... y en aquella, en su danza, en su voz que cantaba canciones sin palabras ni significado reconocibles para mí.]... —Otra vez me quedé adormilado con el dedo enganchado a su collar, como para retenerla si se despertaba. Pensé en Judith y Holofernes acostados juntos. Faltando un cuarto para las tres, despertar lleno de ternuras. Nos dijimos muchas cosas tiernas mediante presiones; mientras dormía, ella me apretaba con las manos y los muslos maquinalmente, como en un estremecimiento involuntario.

Fumo un chicheh, ella se va a hablar con Joseph, trae una vasija con carbones encendidos, se calienta, se vuelve a acostar. “¡Basta!”. [La cosa siguió así toda la noche. —En cuanto a los pi-

chazos, fueron buenos. El tercero sobre todo fue feroz, y el último sentimental. Nos dijimos muchas cosas tiernas, hacia el final nos estrechamos de una forma triste y amorosa].

¡Qué dulce sería para el orgullo si, al irse, uno estuviera seguro de dejar un recuerdo, y ella pensara en ti más que en los demás, y perduraras en su corazón!

Por la mañana nos dijimos adiós con toda tranquilidad.

Notas

- 1 Maxime Du Camp, *Souvenirs Littéraires*, t. I, pp. 432 y ss.
- 2 En francés, se llama también *Chameau* (camello) a una cortesana vieja. Más arriba no se trata evidentemente del mar Rojo sino del Mediterráneo.
- 3 El lector atento habrá intuido aquí un pasaje crucial de la correspondencia, ya que en él se anuncian por lo menos dos de las grandes obras de Flaubert — *Salambo* y *Madame Bovary* respectivamente, en los proyectos segundo y tercero—. Por lo que toca al primero, existe un boceto con ese mismo título, y por lo que toca a la pieza de teatro, recuérdese que Flaubert ya ha escrito una, *Los extremos*, que dejó sin terminar; más tarde se ocupará ampliamente de los socialistas en *La educación sentimental*, cuyo marco histórico es precisamente la revolución del 48.

Ricardo Cano Gaviria es escritor, traductor y editor. Es autor, entre otros, de los libros de ficción: *El pasajero Walter Benjamín*, *Una lección de abismo*, *La carne es triste* y *Yo, Gustave Flaubert*, y de las obras de ensayo y biografía: *Acusados: Flaubert y Baudelaire* y *José Asunción Silva, una vida en clave de sombra*. Ha traducido al español a autores como Flaubert, Larbaud, Mandiargues y otros, y ha sido colaborador en periódicos y revistas como *El País* de España, *El Espectador*, *El Tiempo*, *Eco* y *Revista de Occidente*. Los fragmentos incluidos hacen parte del libro *Cartas del viaje a Oriente* (traducción y edición de Ricardo Cano Gaviria), la primera entrega importante que se hizo de la correspondencia de Flaubert en español, reeditado recientemente en España por la editorial Laertes.